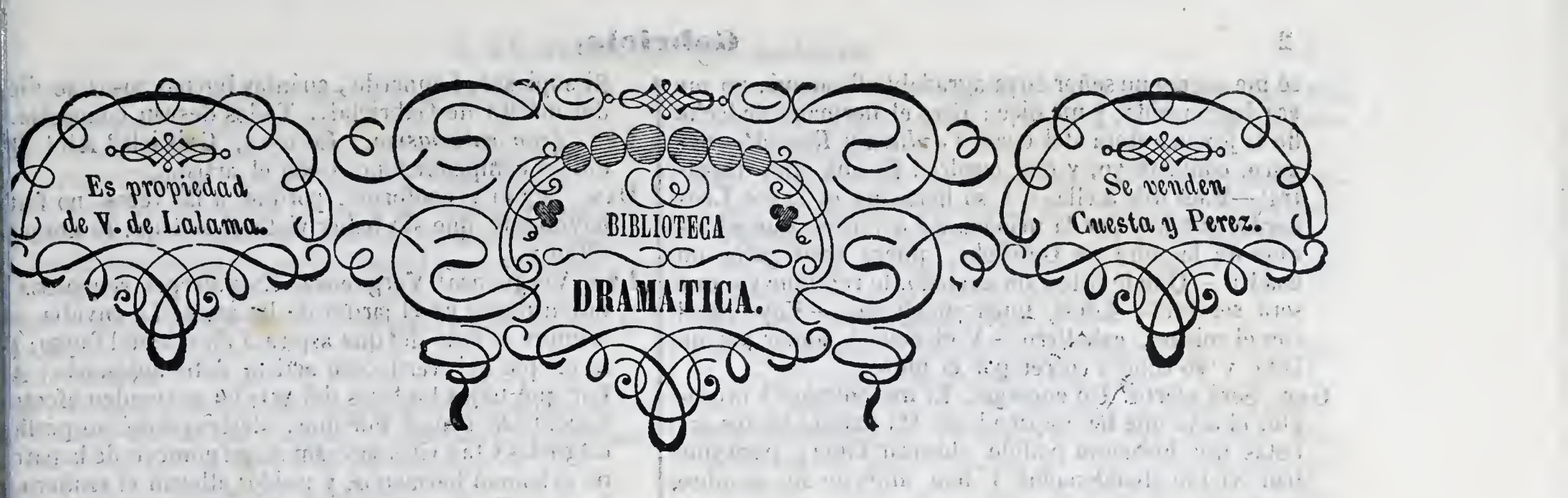

GABRIELA, Ó EL ALMA DE UN ARTISTA.

rama en tres actos y en prosa, tomado del teatro estranjero por los Sres. V. y S. y L., *para representarse en Madrid, el año de* 1857.

PERSONAGES.

Leonardo.	Daniel.
Don Gerónimo.	Pedro.
Eduardo.	Gabriela.
Arnoldo de Bari.	Carolina.

Criados, convidados.

La escena tiene lugar en Roma. Epoca actual.

ACTO PRIMERO.

Estudio de pintor. Cuadros y bustos de yeso; á la erecha un escritorio; á la izquierda un caballete, en el ie hay un cuadro apenas empezado. Una poltrona.

ESCENA PRIMERA.

ABRIELA *en pié delante del caballete, pintando. Está stida con trage de lana negro y sencillo. Pone sobre una silla el tiento y la paleta.*

No me es dable continuar! La mente no puede fijarse en el trabajo, y el corazon es víctima de una duda que lo destroza! Seis meses hace ya que Eduardo está ausente, y uno que no me escribe!.. Dios mio, se habrá olvidado de mi? (*cogiendo una carta.*) No me persuado de que es suya esta carta que leo todos los dias, y cuyas líneas respiran la mas cruel indiferencia! (*abre la carta, y lee para si algunas líneas.*) Oh! cuán de distinta manera me escribia en otro tiempo! No hay en toda ella una palabra de las que embriagan el alma del artista! Me habla de su fortuna, de nuevas esperanzas, de títulos... Ah! no es esto lo que deseaba mi corazon! (*queda pensativa; despues esclama.*) Pero no... no es posible que me haya olvidado! (*vuelve á leer la carta.*)

ESCENA II.

Daniel *por el fondo,* Gabriela.

AN. (*vestido con blusa y gorra. Entra corriendo.*) Hermana!... Pues! Siempre con la cartita entre las manos! Parece que no tienes en el mundo á nadie mas que á tu Eduardo!

AB. (*guardándose la carta.*) Qué es eso, Daniel? Por qué vienes corriendo?

Dan. Tengo que darte una noticia estupenda! Primero de todo, te diré que en Roma no se habla de otra cosa que de tu cuadro de Julieta y Romeo: todos están conformes en que obtendrás el premio.

Gab. Yo? Yo el premio?.. No, Daniel... no me alucines asi... es una crueldad!

Dan. Crueldad? Corpo di Bacco! Te repito que todos lo creen. He oido mil conversaciones respecto á ti, y mil elogios respecto á tu cuadro... Figúrate lo que habré gozado! A unos que me preguntaron en la academia si te conocia, les respondi en seguida:—Pues no la he de conocer si es mi hermana de leche?—Puedes envanecerte; es una escelente artista! Y no se sabia nada de ella... hasta el nombre se ignoraba!.. Propiamente era una flor escondida!.. Esta mañana, mientras que con mis amigos, principiantillos de dibujo y muchachuelos como yo, me entretenia hablando de esto, saltó un mequetrefe, hijo de un ricacho, pero sin una pizca de talento, y empezó á sacar partido de ti. —Oh! esclamó el pedantuelo:—tendremos una nueva Angélica! Las mugeres han dejado la aguja y el dedal para embadurnar lienzos. Pobre tonta! Mejor la estaria cojer puntos á unas medias! —Cuando dijo esto, sentí que toda la sangre se me subió á la cabeza, y no pude menos de gritar: villano estúpido, sin conocerla hablas mal de mi hermana de leche, siendo tu un pollino? Mira, á los pollinos, para que entren en carrera, se les calienta el lomo, y yo quiero probarte que lo eres! Y deshaciéndome de los que me retenian, le dí cuatro puñadas sobre el hocico, tan llenas y tan sonoras, que me crei en aquel momento mas grande que Rafael.

Gab. Qué has hecho, Daniel? Al hijo de un rico!...

Dan. Qué importa que tenga dinero, si no posee una chispa de caridad fraternal? Dinero no quiere decir honradez, ni talento, y al que me insulta, al que desprecia á mis bienhechores, al que ofende á mi hermana de leche, no hay remedio, puñetazo y tente tieso!.. Esta es mi parte flaca!..

Gab. Es necesario que te refrenes...

Dan. Si, si; me refrenaré. Caramba! Todavia me duele la mano!

Gab. Y es esa la buena noticia que querias participarme?

Dan. (*golpeándose la frente.*) Cabeza de leño! Se me habia ido el santo al cielo! Oyeme, hermana. Volvia de la Academia enmedio de mis compañeros, cuando

se me acerca un señor cuya agradable fisonomia no me era desconocida, y me dice: Eres el hermano de leche de la joven autora del cuadro *Julieta y Romeo*?—Seguro, contesté yo; y qué cuadro! Es una obra maestra!—Pues dile á ella, ó á su hermano el señor Leonardo, que hoy por la mañana iré á verlos; que admirado de la obra de Gabriela, quiero encargarla un cuadro.—Quede usted sin cuidado, le repliqué yo, que será servido!—Adios, buen muchacho.—Vaya usted con él mismo, caballero.—Y él echó á andar por un lado, y yo eché á correr por el mio.

GAB. Será cierto? Un encargo? El me animará á proseguir el arte que he emprendido. Ha habido tantos artistas que hubieran podido alcanzar fama, pero que han vivido abandonados y han muerto sin nombre porque les faltó ayuda y proteccion!..

DAN. No te sucederá á ti eso. El cuadro que has presentado á la Academia, y que dicen será premiado, te abrirá un camino glorioso. (*se vuelve, y ve á Gabriela pensativa.*) Qué es eso?.. Qué tienes? Estás pensando, como siempre, en el señor Eduardo? Animo! No puede haberte olvidado, porque el retrato que le hiciste antes de marcharse, debe estarle hablando de ti á todas horas. No temas; se casará contigo.

GAB. (*suspirando.*) Me lo ha jurado!

DAN. Esa precisamente no es la mejor razon.

GAB. Calla!.. Me parece que oigo la voz de mi hermano...

DAN. Pobre Leonardo! Siempre hablando solo como si fuera un loco.

GAB. Es ciego, y para él que vió el sol y lo ha perdido...

DAN. Por supuesto; pero yo creo que le atormenta otro pesar; debe tener en el corazon un grande arcano que comparte con su escritorio de tal modo, que no quiere que lo abra ninguno, como si encerrase en él algun tesoro. Sabes tú qué es lo que tiene alli dentro?

GAB. No, ni deseo saberlo.

DAN. Pues yo, aunque no soy muger, tengo unas ganas de conocer el misterio... (*se habrá acercado á Gabriela; en este momento coge un cordoncito que esta lleva al cuello, y en el cual hay una llavecita.*) Calla! Esta es la llave del escritorio!

GAB. Si; hace unas semanas que me la confió, haciéndome jurarle que no lo abriria nunca.

DAN. Me coso los labios. Pero te aseguro que tengo tanta curiosidad...

GAB. Calla; Leonardo viene. No le cuentes la historia de la Academia, porque se afligiria demasiado.

ESCENA III.

Dichos, LEONARDO *por la derecha.*

LEO. (*viene apoyado en un baston.*) Gabriela... Daniel...

GAB. Qué quieres? Cómo estás?

LEO. Cómo puede estar un pobre ciego?... Dónde os hallais? Dame tu mano... (*estrecha afectuosamente la mano de Gabriela.*) La tuya tambien, Daniel... Asi... Ah! Sois mi única guia. No es verdad que es un oficio fastidioso el de ser guia de un ciego? Pero, hijos mios, peor es todavia haber perdido la vista! Llevadme á mi poltrona.

DAN. (*trae la poltrona al proscenio.*) Aqui está.

GAB. (*conduciendo á Leonardo.*) Ven.

LEO. (*despues de haberse sentado.*) Gabriela, qué has hecho hoy por la mañana? Has trabajado?

GAB. No mucho; mientras espere el juicio de mi cuadro, no podré trabajar en este otro.

DAN. Pero si el juicio está casi pronunciado en tu favor! Si supieses, Leonardo, cuántas buenas cosas se dicen del mérito de Gabriela!.. Todos desean conocerla.

LEO. (*con entusiasmo.*) Lo oyes, Gabriela? Ah! Qué dulces compensaciones tiene el artista!

DAN. Segun y conforme, porque á las veces no faltan envidiosos, que sin haber visto el trabajo, lo desacreditan y...

LEO. Verguenza! Verguenza! Esas sierpes venenosas no faltan nunca en el jardin de las artes! La envidia está siempre al lado del que aspira á alzarse del fango, pero el pie del verdadero artista debe aplastarla! Ah! Por qué todos los hijos del arte no se tienden afectuosamente la mano? Por qué, destruyendo tan pérfidos disgustos y tan viles sarcasmos, en nombre de la patria, no se llaman hermanos, y unidos allanan el sendero de la gloria? Sacudamos una vez estas cadenas con las que nosotros mismos nos ligamos, enmudezca en nuestro corazon la envidia, aparezcamos unidos! Seámos generosos una vez siquiera!

DAN. Dices bien, Leonardo; yo soy artista, pero no sé lo que es envidia.

LEO. (*estrechándole la mano con sonrisa.*) Bravo, Daniel, bravo!

DAN. Tambien conozco á esos tunantes que muerden á diestro y á siniestro, y vive Dios que merecen buenas puñadas!.. Las merecen, y por eso yo...

LEO. (*con reprension.*) Daniel...

GAB. (*bajo á Daniel.*) Calla!

DAN. (*cambia de tono de repente.*) Si señor, merecen, no puñadas... no... eso nunca! Pero sí el mas completo desprecio.

LEO. Unico medio de destruirlos. (*despues de una pausa.*) Gabriela?

GAB. Hermano?

LEO. No hablas? Tu silencio me entristece. Me gusta tanto oir tu voz!.. Porque cuando hablas, me parece que te veo. Ah! es una pena horrible para un artista el ser ciego! Con frecuencia recuerdo las bellas noches en que me era dado contemplar junto á ti la hermosura de la naturaleza, vestida de oscuro, la luna, las estrellas... divinas inspiraciones del pintor y del poeta! Recuerdo la aurora límpida y pura, de la cual retrataba los colores en mis lienzos; los campos, el mar, los montes!.. Y no ver ya nada de esto!.. Ni el cielo, ni tu rostro, Gabriela!.. (*se enjuga los ojos conmovido.*) Paciencia! El mal es irremediable y no podré pintar! (*apretando la mano á Gabriela.*) Hermana, viviré de tu trabajo; viviré de tu gloria!

GAB. Leonardo... me haces llorar.

DAN. (*llorando tambien y limpiándose los ojos con el dorso de la mano.*) Yo tambien lloro.... sin quererlo...

GAB. (*fingiendo tranquilidad.*) No sabes, hermano mio? Hoy debe venir á vernos un caballero que ha hablado con Daniel; trae una comision para mi.

LEO. De veras, Daniel?

DAN. Y tan de veras; y creo tambien que es un caballero bueno y muy rico. Te conoce y te aprecia como Gabriela.

LEO. Ah! Lo veré... es decir, lo oiré con mucho gusto. Tú, pobre niña, eres mi sosten...

DAN. Y yo? Caracoles! Quiero trabajar, quiero estudiar para recompensarte un dia cuanto has hecho por mi. Chicuelo y huérfano, sin un maravedí, me recogiste, me hiciste educar... en una palabra, te lo debo todo. Si no hubiera sido por ti, habria muerto en medio de la calle de hambre y de frio.

LEO. Pobre Daniel! Estudia, hijo mio...

DAN. Yo soy un buen muchacho, un pedazo de pan; pe

ro que no me pinchen, porque entonces... (*hace el ademan de dar pañadas.*)

GAB. (*interrumpiéndolo.*) Daniel, siéntate, y lee á mi hermano alguna historia artística, yo pintaré...

DAN. Con mil amores; es mi oficio diario... (*toma un libro de la mesa, y se sienta junto á Leonardo; Gabriela se prepara á pintar; Daniel lee.*) «Propercia de Rossi!..

GAB. (*sobresaltada.*) Daniel, escoge la vida de otra artista.

LEO. Por qué?

GAB. Propercia fué una desgraciada escultora que murió víctima de un amor infeliz. Un hombre á quien amó con la vida, la sedujo y la abandonó...

LEO Y qué?.. Continua! Continua!..

GAB. (*dolorosamente.*) Eduardo no vuelve; sus últimas cartas son tan frias, tan crueles...

LEO. Pero volverá. Ha ofrecido casarse contigo, y no faltará á su palabra. Desgraciado de él si fuese capaz de una traicion... Pero no, no quiero ni aun pensarlo!...

DAN. En la sala se oye gente. Será el caballero del encargo; voy á ver. (*sale por el fondo.*)

LEO. Gabriela, dame la mano. Tienes fiebre! El amor te altera! Piensa en tu arte y hallarás un consuelo. No dudes que Eduardo volverá.

ESCENA IV.

Dichos, DON GERONIMO *y* CAROLINA *por el fondo.*

DAN. (*introduciendo á don Gerónimo y Carolina.*) Adelante... ustedes son muy dueños... ustedes nos favorecen. Este es Leonardo, mi bienhechor, y esta es Gabriela, la autora del famoso cuadro de *Julieta y Romeo*, mi hermana de leche, para servir á ustedes.

LEO. (*se alza é inclina.*) Señores... (*Gabriela saluda tambien.*)

DAN. (*á Gabriela y á Leonardo.*) Este es el señor de quien os he hablado.

LEO. Caballero... Puedo saber con quién tengo el honor?...

GER. Mi nombre no debe ser á ustedes desconocido; me llamo Gerónimo Guzman, y naci en España: hago guerra abierta á los tunos, y soy amigo de todos los hombres honrados, por lo cual lo soy de usted. Esta jóven es mi hija Carolina, que en cuanto á bondad, nada deja que desearme.

GAB. Me es muy satisfactorio tan estimable conocimiento.

DAN. (Caramba! Y qué bonita es la rapázuela!.. Seria un gracioso modelo!

GER. (*á Gabriela.*) Con que es usted la autora del cuadro cuyas bellezas tanto se decantan?

DAN. (*rápidamente.*) Es mi hermana de leche, si señor.

GER. Ya me lo has dicho. Yo, hablando francamente, no entiendo de bellas artes, pero gozo cuando puedo proteger á los artistas! No soy del número de los imbéciles que queriendo echarla de inteligentes, destrozan con groseros juicios sus cuadros, y regatean los trabajos como si estuviesen en un mercado...

LEO. Ese modo de hablar me asegura de la franqueza de usted.

GER. Oh! Yo soy muy franco! Aborrezco á los hipócritas, á los impostores y á los pedantes! Pero vamos al asunto que me trae aqui. Mi hija Carolina va á casarse. Su prometido la ha regalado su retrato, y la chica suspira, como es natural, por dar el suyo al amante, pero hecho por un buen artista. He oido hablar con mucho elogio de la señorita Gabriela, y dije á Carolina:—«Hija mia, vamos á ver á esa jóven, que ella sin duda podrá satisfacer tu deseo. Y aqui estamos con tal propósito.

GAB. (*que durante el diálogo entre don Gerónimo y Leonardo habrá venido al lado de Carolina, y habrá cambiado con ella algunas palabras, dice en este momento.*) Será un verdadero honor para mi, pero sentiré que el trabajo no corresponda al noble encargo.

GER. Oh! ya corresponderá.

CAR. (*á Gabriela.*) Su talento de usted es ahora mas conocido y admirado de todo el mundo...

DAN. (*rápidamente.*) Es mi hermana de leche, señorita.

GER. (*sonriéndose.*) Ya nos lo has dicho, hombre! Carrolina desea que su retrato sea del mismo tamaño que el de su futuro, para lo cual mandaré á usted hoy mismo el otro con mi criado.

CAR. Quisiera usted, señorita, enseñarme algunos de sus dibujos?

GAB. Con mucho gusto. Tenga usted la bondad de seguirme. (*invitándola á entrar en el cuarto de la izquierda.*)

GER. Anda, hija mia, anda! Para mi ya sabes que seria tiempo perdido. Entre tanto charlaré un poco con el señor Leonardo.

CAR. Vamos. (*entra con Gabriela á la izquierda.*)

DAN. (Qué campechano es este viejo! Le daria un beso de buena gana!) (*sale por el fondo.*)

ESCENA V.

DON GERONIMO, LEONARDO.

LEO. (*se sienta en su poltrona, y don Gerónimo á su lado.*) Conque su hija de usted vá á casarse. Será una gran satisfaccion para usted?

GER. No señor, mas bien un disgusto. Carolina es mi única hija, y desearia verla siempre á mi lado, porque sin ella me parecerá que enviudo otra vez. Ademas, se lo confieso á usted, el esposo no me llena completamente; yo tenia en la mente otro partido, pero ella se opone, y por no descontentarla... Conoció á su futuro en Milan, á donde fuimos por tres meses, y de donde salimos hace pocos dias. Dió la casualidad de que yo mantenia con su tio algunas relaciones, y asi es que con cuatro palabras combinamos el negocio.

LEO. Soberbio!

GER. El tal tio es bastante rico, y mi futuro yerno le hereda; pero el buen señor es un oso, amigo mio, un oso verdaderamente, sin que valga la murmuracion. Brusco, frio, receloso... En fin, paciencia! Al presente, tio y sobrino están en Roma en mi palacio, y hoy ó mañana se firmará el contrato. Y usted, señor Leonardo, no piensa en casarse?

LEO. Pensé cuando mis ojos no habian perdido su luz, cuando era mas joven; pero el amor me negó sus sonrisas y sus flores; ahora que estoy viejo, solo pienso en mi hermana; ella es mi guia y mi apoyo; ella sola presta alivio á mis pesares.

GER. (*rápidamente.*) Pesares? No podria yo remediarlos?

LEO. Ah! caballero... mis pesares no tienen remedio!...

GER. Qué dice usted? (*cojiéndole la mano.*) Señor Leonardo, usted tiembla!.. Quién sabe!.. Tal vez pueda yo... Soy hombre de honor, y no abusaré nunca de su confianza!

LEO. Ah! No creia poder encontrar un hombre capaz de compadecerse de tal modo de mi! Oiga usted mi triste historia! Tenia un padre á quien amaba como á mi propia existencia; era comerciante y estaba unido en intereses á un sócio en quien tenia puesta toda su

confianza. Mi padre cayó gravemente enfermo, y durante su largo padecer, el sócio realizó con la mayor premura los intereses comunes, y de acuerdo con otros malvados, finjió pérdidas inmensas, y urdió tramas horribles, en las cuales mi padre, y solo mi pobre padre, aparecia culpable. Todos sus amigos, y corresponsales le echaron en rostro el baldon de negociante fraudulento, y ébrios de rabia lo sepultaron en una horrenda prision de los malhechores!! En tanto su sócio habia puesto á buen recaudo las usurpadas riquezas.

GER. Es posible!

LEO. Mi padre gemia; invocaba justicia, protestaba llorando que era inocente; pero faltaban las pruebas, y nadie tenia piedad de su estado. Estaba aislado; no habia ya una mano amiga que estrechase la suya, ni un rostro que le sonriese!! La idea de ser condenado como un infame; la idea de sufrir la pena reservada á los ladrones, le turbó completamente! Todo desapareció ante sus ojos! Ya no vió á su hija Gabriela, ni á su hijo Leonardo; que se echaron á sus pies y le suplicaron que esperase en la justicia de los hombres!.. Mi padre... mi pobre padre... se suicidó!

GER. Dios mio!!

LEO. (*muy exaltado.*) La maldad de los hombres habia vertido aquella sangre; la codicia del dinero habia estinguido una vida preciosa. Desde el momento fatal en que vi al suicida revolcándose en su propia sangre, no tuve un momento de tranquilidad; vivo entre el dolor y las lágrimas, anhelo y desespero de encontrarme con el infame que me debe su existencia; vivo y deseo morir; no tengo ni alegrias, ni alhagos; soy el pobre hijo que se apoya en una tumba maldita, y gime y ruega, presa de los afanes, de la mas atroz desventura!

GER. Pero aquel hombre asesino?...

LEO. (*mas exaltado.*) Aquel infame? Al cabo de mucho tiempo alcancé la prueba de su crímen, prueba evidente, ante la cual deberá inclinar la frente y besar la mano del artista!

GER. Pobre Leonardo!..

LEO. (*despues de una pausa.*) Tiene usted razon... bastante pobre! La repentina pérdida de la vista fué la última desventura que me hirió. Ah!.. Ya no puedo verle! Pero no he olvidado el sonido de su voz, y en esto sabré reconocerle.

GER. Cálmese usted, amigo mio... Qué quiere usted? Las personas malas son muchas en este mundo; yo mismo he tropezado con un gran número; por esto les he jurado una guerra eterna, y gozo cuando puedo pillar alguna en mis redes. Pida usted á Dios que conozca á su enemigo, y júrole que le prestaré una mano fuerte para hacerle una buena pasada.

LEO. Ah! No le veré mas!.. (*alterado.*) Oigo la voz de Gabriela... caballero... mi secreto...

GER. (*estrechándole la mano.*) El que estrecha á usted la mano, es un hombre de honor, un verdadero amigo que lo hará todo por usted y por la memoria de su padre.

LEO. Lo creo, y el cielo le ayude siempre.

ESCENA VI.

Dichos, CAROLINA *y* GABRIELA *por la izquierda;* DANIEL *por el fondo.*

CAR. Padre mio, he visto trabajos sorprendentes. La señorita Gabriela ha hecho cuadros dignos de Guido René.

GAB. Esta señorita es demasiado bondadosa...

DAN. (*viene corriendo y muy ajitado, va al lado de Gabriela y le dice en voz baja.*) Hermana, ha venido! ha venido!

GAB. (*id.*) Quién?

DAN. (*id.*) Eduardo!..

GAB. (*con suma alegria.*) Ah!

DAN. (*id.*) Chiton!.. No le digas nada á Leonardo... El lo exije! Al momento llega aqui.

GER. (*que habrá tomado su sombrero y baston.*) Carolina, ya es tiempo de que dejemos en libertad á tan buenos artistas. Señorita Gabriela, al momento tendrá usted aqui el retrato del prometido de mi hija. Señor Leonardo, hágase usted acompañar á mi palacio, y me dará en ello un gran placer. Tome usted mis señas. (*le dá una tarjeta que saca de su cartera.*)

LEO. Nunca olvidaré tantas bondades...

GER. Que bondad, ni qué calabazas! (*bajo á Leonardo.*) Domínese usted!.. Tiene usted los ojos encendidos y vá á apercibirse Gabriela! (*alto.*) A Dios, señor Leonardo.

CAR. (*saludando.*) Señores...

GAB. Señorita..

LEO. Acompáñalos, Daniel. (*don Gerónimo y Carolina salen por el fondo.*)

DAN. Con mucho gusto! (*los sigue.*)

ESCENA VII.

LEONARDO, GABRIELA.

LEO. Gabriela, yo me retiro á mi cuarto por un momento.

GAB. Qué es lo que tienes? Estás alterado...

LEO. No, no... es que necesito un poco de reposo...

GAB. Te veo pálido... De qué has hablado con ese caballero?

LEO. Hemos hablado de cosas indiferentes de mi primera juventud... De mis estudios.

GAB. Y de nuestra desventura tambien?

LEO. No te digo que estoy tranquilo?.. Atiende á tu trabajo... Vuelvo... vuelvo... (*entra á la derecha.*)

ESCENA VIII.

GABRIELA, *sola.*

Ah! Será cierto que está en Roma Eduardo?.. Es demasiada felicidad para mí... Pero Daniel dice que le ha hablado, y que pronto vá á venir... Por qué razon querrá que se oculte á mi hermano su venida? No comprendo. (*va á la ventana y la abre.*) Desde esta ventana podré verle entrar... (*mira por la ventana con gran ansiedad; de repente.*) Ah!.. No me engaño. Aquel joven vestido con tanto esmero!.. Si!.. entra en casa!.. Dios mio, como me late el corazon... Me faltan las fuerzas... (*vá hácia la puerta del fondo.*) Eduardo!.. Eduardo!..

ESCENA IX.

GABRIELA, EDUARDO *por el fondo.*

EDU. (*dando la mano á Gabriela.*) Gabriela!!

GAB. Tú aqui!..

EDU. No me esperabas?

GAB. Hace mucho tiempo!.. Por qué has dejado pasar un mes sin escribirme?

EDU. Perdóname; estaba embebido en ocupaciones urgentes...

GAB. Oh!.. crueles ocupaciones, que hacen enmudecer al amor! Yo, por el contrario, no vivia mas que por ti

y para tí; pensaba en tu promesa y lloraba. Pero deja que llame á Leonardo... (*vá hácia la derecha.*)

EDU. No... no .. Solo puedo determe un momento.

GAB. (*sorprendida.*) Un momento!

EDU. Llegué anoche, y á la hora presente mil asuntos me reclaman! Pero te participaré que mi suerte ha cambiado; un pariente á quien no conocia, se ha cuidado de mi porvenir; en una palabra, soy rico. Rico!.. Esta frase, Gabriela, está llena de encantos para mí!!

GAB. (*con dolor.*) Rico!

EDU. Necesariamente me vas á juzgar ambicioso, pero debo confesarte, que no habiendo nunca pensado en ser rico, al verme dueño de algunos bienes, la miseria me ha parecido un peso insoportable; aquella resignacion que tú me elogiabas tanto, y que tambien á mí me parecia buena, ahora solo es para mí una virtud ridícula. Despojado de mis arapos, siento la necesidad de ser conocido, de obtener un grado, un título esplendoroso. Y lo obtendré? A esta felicidad lo sacrificaré todo!!

GAB. Todo! Ah! me asustas con semejantes palabras! Todo!! Esperaba de tí alguna muestra de afecto, pero el yelo del cálculo, el veneno de los intereses están solamente en tus labios... (*con ansiedad.*) No me has hecho traicion, no es verdad, Eduardo?

EDU. No... no. Siempre tu memoria...

GAB. Pero tengo un rival, la ambicion! Lo creerás, Eduardo? Estoy celosa, no sabes? He trabajado largas horas por tí. El cuadro de Julieta y Romeo, cuyo pensamiento me sujeriste, está terminado, y lo he enviado al concurso, y me hacen esperar el premio. Ah! Ahora estoy contenta porque te hallas en Roma! Verás mi cuadro, y me parecerá mas bello!.. Lo querré cien veces mas!!

EDU. Siento decirtelo, pero es necesario que dentro de dos dias te deje de nuevo.

GAB. (*asustada.*) Eduardo!

EDU. Por poco tiempo... creeme.

GAB. Dejarme!

EDU. Los negocios que me preparan un brillante porvenir, me llaman á Milan...

GAB. Y podré trabajar sin tenerte á mi lado? Eduardo, si te ausentas, el arte pierde una pintora! Oh! no, no te vayas!

EDU. Gabriela mia... es preciso... ya te digo que dentro de dos dias...

GAB. Y el cumplimiento de tu promesa?

EDU. (*alterado.*) Mi promesa? (*mas confuso.*) No la he olvidado... Hablaremos de ello. Ten por cierto que te amo como antes; y para darte una prueba de mi cariño, quiero que desde hoy participes de los bienes que la fortuna me ofrece. Conozco vuestro estado, y no creo ofenderos si os ruego que acepteis...

GAB. Oro!.. oro!.. No, no... Eduardo; ni mi hermano ni yo podremos nunca aceptarlo.

EDU. Por qué? No me has hecho tú tambien un presente? No me has dado un retrato pintado por tí misma? Pues bien; tú podias aceptar mi don; no como pago humillante, sino como el honesto cambio del cariño.

GAB. No, te lo repito, no! No puedo aceptarlo!

EDU. Como quieras. Adios..

GAB. Y mi hermano?..

EDU. (*encaminándose á la puerta del fondo.*) Salúdalo en mi nombre.

GAB. Ah! Eduardo!.. Eduardo!.. Me amas?

EDU. (*confuso.*) Si .. te amo... pero mis intereses... fatales intereses! me llaman en otra parte. A Dios... Nos volveremos á ver! (*sale por el fondo.*)

ESCENA X.

GABRIELA, *despues* LEONARDO *por la derecha.*

GAB. (*asombrada.*) Sus intereses!! Es decir, que para él hay intereses mas preciosos que nuestro amor? Ah! la ambicion ha ofuscado su mente y endurecido su corazon! La ambicion me lo arrebata para siempre!! (*Leonardo se adelanta lentamente.*) Sus palabras, su frialdad me han herido de tal modo... Dios mio! Me habrá olvidado? Osará faltar á la palabra empeñada?

LEO. Gabriela... Qué es lo que estás diciendo?

GAB. (*se abandona llorando entre los brazos de Leonardo.*) Ah! hermano... hermano mio!..

LEO. Gabriela, qué es esto? (*se recomienda á los actores creciente animacion y encadenamiento del dialogo en esta escena, y en las que siguen hasta terminar el acto.*)

GAB. Eduardo ha vuelto.

LEO. Cuándo?

GAB. Ahora estaba aqui.

LEO. Y no me has llamado?

GAB. El se opuso.

LEO. Se opuso?.. Gabriela, tu frente arde... lloras... Habla, habla en nombre de nuestro padre!

GAB. Eduardo no es ya pobre como nosotros... Posee inmensos bienes... La ambicion le ha fascinado, y la ambicion mata el amor.

LEO. Qué?.. Qué dices? Faltará á su promesa?

GAB. Dentro de dos dias parte de nuevo.

LEO. Cielos! Y ahora á dónde?..

GAB. Sus propios intereses...

LEO. Ha salido sin verme? Qué infierno se apodera de mi mente!...

GAB. Leonardo, cálmate!

LEO. Engañarte.. Jugar con una pobre artista!..

GAB. Hermano!.. por piedad!..

ESCENA XI.

Dichos, DANIEL *por el fondo.*

DAN. (*entra á todo correr.*) Leonardo!.. hermana!.. No debia decirlo!..

GAB. Qué?

LEO. Alguna desgracia?

DAN. Si fuese cierto, mereceria que lo ahorcasen!

GAB. Esplícate!

DAN. Acabo de ver á Eduardo; estaba con un jovencito vestido con la mayor elegancia.

GAB. Acaba!

DAN. Hablaban entre sí, y miraban en el escaparate del joyero que está aqui, al revolver. Yo les oia, pero ellos no me veian. El jovencito decia á Eduardo: compra alguna alhaja á tu esposa; y el otro le respondia: la tengo regaladas tantas!..

GAB. Madre mia!

LEO. Sigue por el infierno!

DAN. (*continua muy animado.*) El jovenzuelo replicaba: con que te casas pronto, no es verdad?— Y Eduardo. contestó: mañana precisamente.

GAB. Dios mio!

LEO. Miserable!

DAN. Y continuó el perillan. — Y aquella Gabriela, esa muchacha que te ama tanto? — Es buena, pero es demasiado pobre!

GAB. (*aterrada.*) Ah!

LEO. Rayos del cielo!!!

DAN. Siguieron su camino, y yo vine á daros tan triste nueva!

GAB. (*con fuerza.*) Yo pobre? Y porque soy pobre me vende, me oprime, y en recompensa me ofrece oro? Ah! Como su dinero maldito, sea su corazon!

LEO. Oro á tí? Miserable! Queria pagar su infamia? Su vida espiará tanto delito! (*toma á Gabriela del brazo y se dirije al fondo rápidamente.*)

ESCENA XII.

Dichos, PEDRO *por el fondo.*

PED. (*trae un cuadro pequeño cubierto con un velo.*) Mi señorita doña Carolina Guzman envia el retrato de su futuro esposo. (*dá el cuadro á Gabriela y parte por el fondo.*)

GAB. (*descubre el retrato y lanza un grito agudo.*) Ah!

DAN. (*mirando el cuadro.*) Qué veo!

GAB. El retrato que yo hice para él! Lo ha dado á otra!

LEO. Será cierto?.. No, no... Te engañas!.,

GAB. (*desesperada.*) Si... es el mismo!.. es Eduardo que me sacrifica al dinero!

LEO. (*furioso.*) No... te repito que no es posible... Dame ese retrato... dámelo... quiero verlo... quiero verlo... (*coje el retrato tembloroso de rabia y se lo acerca á los ojos; recuerda que es ciego, lanza un grito y deja caer el retrato.*) Ah! no puedo!.. Soy ciego!..

GAB. (*sosteniendo, ayudada de Daniel, á su hermano que está casi desmayado.*) Desgraciada para siempre!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegantemente amueblada en la casa de don Gerónimo. Encima de varias mesas, flores y candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

D. GERÓNIMO *y* ARNOLDO.

GER. (*á Arnoldo que viene por el fondo.*) Señor Arnoldo, todo está preparado.

ARN. (*vestido de negro con corbata blanca. Su aspecto es torbo y ceñudo.*) Si.

GER. Dentro de dos horas debe venir el notario, y firmaremos el contrato.

ARN. Si.

GER. No me gustan las cosas pesadas; deseo sí, que todo se haga bien, pero con premura.

ARN. Tiene usted razon.

GER. (*sonriéndose.*) Tiene usted razon; esta es su frase predilecta, señor Arnoldo de Bari, y cada cinco minutos me la regala usted, acompañada de un rostro torbo y de una mirada oblícua que meten miedo. Yo le hablo á usted con la franqueza que acostumbro, desearia que mostrase usted un aspecto menos reservado y mas franco; no economice usted las palabras... Alegria, señor Arnaldo, alegria... al menos por este dia.

ARN. No me gustan los parlanchines.

GER. Ni á mí los escupe-sentencias; gente incómoda, señor Arnoldo de Bari, cuyas secas palabras punzan como puntas de acero. Pero usted no es de estos. Quisiera, si, verle un poco mas satisfecho. Esta usted siempre tan meditabundo, tan encontrado, tan lleno de temor, como si un delito pesase sobre sus hombros.

ARN. Es que reflexiono.

GER. Si, pero aburre usted á los demas.

ARN. (*esforzándose á sonreir.*) Cuanta amabilidad!

GER. Le ofende á usted mi franqueza?

ARN. No.

GER. Pues entonces?..

ARN. Tiene usted razon.

GER. Tiene usted razon: ya me esperaba yo esa respuesta. Pero una vez que estamos solos, hablemos por última vez de nuestros intereses. Es cosa pesadísima, pero un padre que casa á su hija, quiere estar tranquilo hasta de estas cosas.

ARN. (*con premura.*) Hable usted.

GER. Yo, como he prometido á usted, doy á mi Carolina cuatrocientos mil paolos de dote, y con el tiempo será heredera de cuanto poseo; con el tiempo digo, deseo que sea lo mas tarde posible.

ARN. (*con ostentosa resignacion.*) Todos somos mortales!

GER. Desgraciadamente es asi!.. En cuanto á usted, he prometido hacer á Eduardo una donacion de seiscientos mil paolos!.. Magnífica suma!

ARN. (*con tono marcado.*) Seiscientos mil paolos!.. Magnífica suma!

GER. Cuando usted muera, será heredero del resto.

ARN. Piensa usted?..

GER. (*imitando la voz de Arnoldo.*) Todos somos mortales!

ARN. Lo sé... y yo no amo la vida.

GER. (*tomando un polvo.*) Pues tiene usted muy mal gusto.

ARN. Amo el dinero.

GER. Tiene usted buen gusto, aun cuando yo no puedo aprobar un amor tan intenso...

ARN. No soy avaro.

GER. Avaro no; pero creo que por el dinero haria usted muchos sacrificios.

ARN. Oh! muchos!... Y los he hecho!!

GER. Je! je! Me lo dice usted de un modo... como si hubiese matado á alguno.

ARN. (*se domina de repente, y sonrie amargamente.*) Ja! ja! ja!... Cuanta amabilidad...

GER. De veras... algunas veces me dá miedo...

ARN. Tiene usted...

GER. (*interrumpiéndole.*) Razon.

ARN. (*afirmando.*) Razon.

GER. Soberbio!

ARN. (*mostrando un papel.*) Por lo demás, la donacion está aqui.

GER. (*examina el papel.*) Está en regla. (*se lo devuelve.*)

ARN. Mi sobrino debe estar contento. Se hallaba aislado en el mundo, sin un maravedí en el bolsillo y por consiguiente le creian un mal hombre; lo vi en Milan, lo estreché á mi seno, y ahora le doy la mitad de mis intereses! La mitad! Debe estarme muy agradecido! La mitad! (*suspirando.*) Me cuesta bastante... bastante! Pero no me quejo.

GER. Tanto mejor. Que el cielo multiplique vuestros intereses.

ARN. (*sonriendo.*) Doy á usted gracias por el augurio; le doy gracias sinceramente.

GER. Si se quedase usted pobre, seria un mal hombre.

ARN. Oh! cuanta amabilidad...

GER. La regla es de usted, queridísimo señor Arnoldo.

ESCENA II.

Dichos, EDUARDO *por el fondo.*

EDU. Señor don Gerónimo, creo que le busca á usted alguno de los convidados...

GER. Voy... Y usted tambien, Eduardo, está tan rico

como si fuese á firmar una sentencia de muerte. Por caridad! echen ustedes á un lado ese aire taciturno que me es insoportable! No quiero unir mi hija á un hombre que parece está cometiendo una falta.

EDU. (*esforzándose por sonreirse.*) Si yo estoy muy alegre...

GER. Lo dice usted, pero no lo creo, porque esos ojos me revelan lo contrario. Qué diablos! Quiero que me hable usted francamente, y mirándome á la cara, como un hombre honrado habla á otro hombre honrado. Si casándose con Carolina teme usted sacrificar su vida, á tiempo estamos todavia; pido perdon á los convidados, mando contraórden al notario, y no se habla mas de esto.

ARN. (*con premura, lanzando una mirada terrible á Eduardo.*) No diga usted disparates! Fracasar un matrimonio tan bien combinado!...

EDU. (*rápidamente.*) Seria una crueldad; sabe usted que Carolina me ama...

GER. Precisamente porque le ama á usted, y porque me ha convencido que de usted depende su felicidad, he consentido; mas no por esto puedo tolerar los rostros bruscos, los ojos en el suelo, y las frases entrecortadas.

ARN. (*á don Gerónimo.*) Perdónele usted.

GER. (*tomando la mano á Eduardo.*) Ea, pues, señor futuro yerno, prepárese usted á firmar dentro de poco el contrato nupcial. Oh! benditos los tiempos de mi juventud! Cuando un hombre se casaba, estaba alegre y feliz, porque no pensaba en nada; hoy dia nuestros jovencitos reflexionan demasiado, y por esto, ó se están solteros, ó van al encuentro de su esposa con la jovialidad del condenado á quien llevan á presidio. Qué siglo! Qué siglo! — Voy á ver quién me busca. (*sale por el fondo.*)

ESCENA III.

ARNOLDO, EDUARDO.

ARN. (*mira en rededor, y se acerca con Eduardo, al que dice con ira reconcentrada.*) Desgraciado!

EDU. Tio!..

ARN. Poco ha faltado para que no lo echases todo á perder.

EDU. Pero yo...

ARN. No estás alegre y te vendes. Esta es tu culpa. Cuando un tormento corroe asi delante de otros, es necesario sofocarlo; entonces es cuando los labios deben estar mas dulces y mas rientes.

EDU. Ah! cuesta demasiado!..

ARN. (*con fuerza, pero con voz baja.*) Cuesta mucho, pero es necesario hacerlo!.. Inesperto!.. el mundo lo quiere asi. Piensa que si este matrimonio no se efectuase, mi cólera llegaria á su colmo; piensa que te verias perdido para siempre.

EDU. Pero ahora todo está combinado, y dentro de poco....

ARN. Se firmará el contrato; lo creo y lo espero. Yo, al tenor de cuanto el señor don Gerónimo exijió de mi, te he hecho la donacion de seiscientos mil paolos, y la he hecho voluntariamente, porque compraba para nuestra casa una inmensa riqueza.

EDU. Por esto?

ARN. Por esto solo. Don Gerónimo es rico, y un dia todas sus inmensas posesiones serán de su hija... Serán nuestras. (*con alegria.*) Nuestras!.. (*turbándose de repente, dice con dolor.*) Pero ya soy viejo; y más que los años, los dolores han encanecido mis cabellos. No te lo he dicho nunca, pero he sufrido mucho, mucho!.. No importa; debia ser asi, y asi ha sido. Maldito el hombre que se atemoriza, y enmedio del camino, torna atrás arrepentido. Dame tu mano, Eduardo!.. (*estrecha la mano á Eduardo, y la suelta al momento.*) Abrasa como la mia. Parece que el infierno está dentro de nosotros!..

EDU. No comprendo...

ARN. Ni es necesario. Recuerda que mañana apenas hayas celebrado tu matrimonio, debemos salir de Roma.

EDU. Es una de las condiciones establecidas con el señor don Gerónimo.

ARN. Esta ciudad me es insufrible. Además, un hombre que hace muchos años está acostumbrado á viajar, que no tiene nunca, nunca descanso, no puede estar quieto en el mismo sitio una semana. Volveremos á Milan; desde alli, tu Carolina y yo pasaremos á Francia, á Inglaterra, á Escocia. Dicen que el cielo de Italia es bello; este es demasiado pesado para mi. Cuanto mas lejos estoy de este suelo, tanto mas me siento tranquilo.

EDU. Y en qué se funda?..

ARN. No puedes saberlo. Desearia vivir entre salvajes, en una isla desconocida, en un desierto. Alli debe correr la existencia mas segura; allí ningun hombre podrá temer á cada momento...

EDU. Tio!..

ARN. (*con rabia.*) Ah! es una maldicion!... (*despues de una pausa.*) Pero es necesario que sea asi. Eduardo, me retiro. Si alguno me buscase, no digas que estoy; sabes que no quiero hablar con nadie: las miradas de otro me hacen mal; hay ojos tan poderosos, que parece que leen hasta lo mas recóndito de mi corazon. Tampoco es un hombre dueño de sus pensamientos y de sus dolores... Condicion fatal! Adios, Eduardo!.. Adios, Eduardo! (*sale por el fondo derecha.*)

ESCENA IV.

EDUARDO *solo.*

Mi tio es desgraciado! Su vejez está sembrada de espinas como mi juventud. Pobre Gabriela! Estoy para separarme eternamente de ella. Eternamente! Soy tan cruel!.. Despues de tantas promesas, despues de tanto amor. Por ventura, se ha estinguido mi amor para con ella? No... no... Pero ya es imposible retroceder. A ella no le faltará nada: gozará de las riquezas que poseo y á las cuales siento que no podré renunciar nunca. La pribo de mi afecto, pero otro sabrá muy luego devolverle la paz y la felicidad. Puedo obrar de otra manera? Me queda, acaso, otro partido que tomar? No he solicitado un título que compraré con oro, pero que bastará á hacerme ilustre? La donacion de mi tio, y la dote de Carolina servirán maravillosamente á mis proyectos. (*poniéndose una mano sobre el corazon.*) Hay aqui dentro una voz que no habia oido nunca, y es de tal modo, que me fascina y me hace olvidar de todo... hasta de ella... hasta de Gabriela... Pobre Gabriela! (*queda pensativo.*)

ESCENA V.

EDUARDO, PEDRO, *por el fondo.*

PED. (*presentando á Eduardo una carta.*) Un criado de S. E. el conde de Altieri ha traido esta carta para usia. (*sale por el fondo.*)

ESCENA VI.

EDUARDO *solo.*

EDU. (*alterado.*) Del conde Altieri? El que ha pedido para mi el título de comendador?.. Veamos... (*abre la carta, y lee.*) «Caballero Eduardo: he pretendido por usted con vivísimas instancias, y le aseguro que será honrado con el título que desea. Muy en breve le será enviado el despacho de comendador.» Oh! gracias, gracias, conde Altieri! Soy á usted deudor de todo! Comendador!.. Debe saberlo toda Roma. No viviré mas oscuro y despreciado: llevaré una cinta en el pecho. Sea ó no comprada con el oro, qué importa? El mundo lo ignora; el mundo se inclina y basta! (*mirando hácia la derecha.*) Se acerca Carolina. (*guarda la carta.*) No quiero comunicarla tan feliz noticia hasta el momento de firmar el contrato de boda.

ESCENA VII.

EDUARDO, CAROLINA, *por la derecha.*

CAR. (*vestida de blanco, y con la mayor elegancia: traerá en la mano una preciosa corona de rosas.*) Eduardo... te andaba buscando.

EDU. (*que habia ido á su encuentro, y besándola la mano.*) Bella Carolina!..

CAR. Deseaba tu parecer respecto á mi traje de desposada.

EDU. Es cándido como tu corazon; elegante, como tu persona.

CAR. Cuánta gentileza! He deseado vestirme como la protagonista de un cuadro que obtiene el aplauso de toda Roma; la prometida Julieta que sale al paso á su Romeo.

EDU. (*algo confuso.*) Julieta y Romeo?.. Si, es verdad.

CAR. Es un bellísimo cuadro que dicen está premiado.

EDU. No... todavia no...

CAR. Creo que es la autora una cierta Gabriela...

EDU. Gabriela!.. La conoces?

CAR. Si... y he admirado su trabajo...

EDU. (*con espansion.*) Ah! debe ser bellísimo!

CAR. Ciertamente; y tambien la ejecutora es bella é interesante: sus ojos brillan como dos estrellas: merece tener por compañero un hombre que la ame mucho, y que la haga muy feliz.

EDU. Lo encontrará.

CAR. Es tan buena! Y además, su ingenio es un portento. Apesar de sus pocos años, sabe llevar su fama por toda Roma, y obtener un premio sobre tantos ilustres compositores. Te lo confieso, Eduardo, si fuese hombre, la preferiria á tantas de nuestras jóvenes perfumadas y brillantes.

EDU. Carolina...

CAR. Si! Su pobreza unida á tantas dotes, es envidiable. (*sonriéndose.*) Tú, probablemente, no pensarás asi...

EDU. Yo... te amo á tí, Carolina, que reunes todas las dotes mas preciosas del mundo.

CAR. Te creo, y desearia que me lo digeses á cada momento, porque algunas veces, no te ofendas... algunas veces casi dudo. La espresion de tu rostro, tus maneras, el sonido mismo de tu voz, con frecuencia me ocasionan crueles tormentos; si, hay ocasiones en que juraria que no me amas. Pero me habré engañado, y ahora estoy segura de ti. No es culpa tuya si á veces estás preocupado y melancólico: la melancolia es contagiosa, y creo que te la ha comunicado tu tio.

EDU. Qué buena eres!

CAR. Pero no te veo aun vestido con toda la eleganci que exije una fiesta nupcial. Anda á prepararte. Re cuerda que espero de ti un ramo de flores.

EDU. Lo tendrás. Y por qué no te has puesto aun la co rona de rosas?

CAR. Es verdad... (*presentándole la corona.*) Te gusta

EDU. Es muy graciosa.

ESCENA VIII.

Dichos, GABRIELA *por el fondo; Gabriela estará vestid de negro como en el acto primero, y traerá el rostro cu bierto con un velo tambien negro: trae el retrato Eduardo envuelto en un pañuelo. Al presentarse vé Carolina y Eduardo; hace un movimiento de sorpres se queda escuchando.*

EDU. Permíteme... (*pone á Carolina la corona.*) Asi Pareces un ángel.

CAR. Tambien la Julieta de Gabriela tiene en la cabe una guirnalda de rosas.

EDU. Si, pero tú eres mas bella. (*la besa la mano* Adios, Carolina: voy á vestirme. (*entra por la quierda.*)

ESCENA IX.

GABRIELA, CAROLINA.

CAR. Cuánto me ama!

GAB. (*con voz ahogada.*) Dios mio!.. Dios mio!.. (*mamente abatida y temblando, se adelanta y pone cuadro sobre una mesa.*)

CAR. (*viéndola.*) Gabriela!.. Usted aqui?

GAB. La molesto, tal vez?

CAR. De ningun modo. Su vista me es muy grata.

GAB. El rostro de usted está sereno y risueño: es us feliz?

CAR. Oh! mucho!

GAB. Por eso está usted vestida con los adornos que presan la alegria de quien se adelanta al altar... (*lorosamente.*) Yo, arrastro lutos como quien va á rar sobre una tumba!

CAR. Mi esposo estaba aqui ahora mismo. Me hab de...

GAB. De mi? A usted?.. (*refrenándose.*) Ah! si... entrar en esta sala me pareció haber oido pronun mi nombre y el de Julieta.

CAR. Mi esposo me comparaba, por broma, á la an te de Romeo que ha pintado usted con tanta maest

GAB. (*con profundo dolor.*) Julieta!.. Ah! mi compa ra de suspiros y de alegrias; esa pobre hija mia, de la sonrisa de los hombres, y es acojida con apla en el mundo en que la he lanzado; pero yo!.. yo!

CAR. (*rápidamente.*) Usted... qué?

GAB. (*dominándose.*) Yo no soy tan afortunada c mi obra. Pero, señorita, no quisiera serla import He venido para decir á usted, que imperiosas circ tancias me impiden por ahora ocuparme de su retr Circunstancias terribles; me es absolutamente pr ceder...

CAR. Qué dice usted? Y yo que soñaba con hace grata sorpresa á mi Eduardo!..

GAB. (*procurando como en toda la escena, reprim agitacion.*) Le hará usted... esta grata sorpre dentro de algunos meses... si le parece bien. Lo to muchísimo, señorita, pero no puedo proced otra manera. Qué quiere usted! Una pintora, si egerce un arte que llaman libre, no es nunca...

ca dueña de sí; son muchos los empeños que contrae con el arte. Pero he visto muchas personas que entraban en este palacio; todas venian elegantes y alegres... Perdonadme la curiosidad... se prepara, acaso, alguna fiesta brillante?

CAR. (*sonriéndose.*) Debemos firmar mi contrato de boda.

GAB. Ah!

CAR. Qué tiene usted?

GAB. Nada... Esta noche?

CAR. Esta noche.

GAB. Bien... No lo creia... no lo creia, á fé de Gabriela... (*afectando sonrisa y enjugándose furtivamente una lágrima.*) Gozo infinitamente... señorita... Este es un hermoso dia para usted!

CAR. (*con pasion.*) Oh! si... porque amo á Eduardo inmensamente.

GAB. (*con el mas profundo dolor.*) Inmensamente! (*pronunciando con trabajo.*) Y él tambien... ama á usted... mucho... no es verdad?

CAR. Bastante! Hace poco que me juraba amarme por toda la vida.

GAB. Ah! (*refrenándose súbitamente.*) Y quién... quién no amaria á usted?.. Dispense usted... mi... mis preguntas... Hace mucho tiempo que está usted enamorada?

CAR. Cinco meses. Nos conocimos en Milan, á donde fui á pasar el otoño: vernos y amarnos, fué obra de un momento. Al cabo de algunas semanas, fué invitado á presentarse en la casa de mi padre, y vino, y me entregó su retrato diciéndome: «Toma, Carolina; lo he hecho pintar para tí por uno de los mas hábiles artistas de Milan; acéptalo como una prenda de mi afecto y de mi fé.»

GAB. (*con la mayor ira, reprimida.*) Le ha dicho á usted eso?

CAR. (*ingénuamente.*) Fueron sus palabras.

GAB. Ah! Su esposo de usted merece por lo tanto... ser muy amado... Oh! mucho!.. (*mirando en derredor como buscando.*) Y ahora, perdóneme usted; por qué se aleja de su lado, cuando se acerca una hora tan solemne? Ahora... dónde está?

CAR. Ha ido á vestirse...

GAB. A prepararse... como es debido?

CAR. Pero, Dios mio, está usted muy pálida... Se siente usted mal, Gabriela?

GAB. No.... no: continue usted hablándome de su felicidad.... de Eduar... del caballero Eduardo.... (*mirando otra vez en derredor.*) Cree usted que volverá á esta sala antes de firmar?

CAR. Ciertamente.

GAB. Desearia verlo... (*movimiento de Carolina.*) para juzgar de la semejanza del retrato.

CAR. Es muy parecido, precisamente por eso lo quiero mas, y sin conocer al autor le estoy muy agradecida. Lo creerá usted? Ahora que el retrato es mio, no lo daria por la suma mas enorme. Si llegase á perderlo, sufriria considerablemente.

GAB. Si... tiene usted razon...

CAR. Pero usted vacila... Qué tiene usted?

GAB. Nada... le aseguro... Naturalmente la inesperada noticia que me dieron hace un momento...

CAR. Cuál?

GAB. La de que... mi cuadro ha sido premiado...

ESCENA X.

Dichas, PEDRO *por la derecha.*

PED. Señorita, su señor padre la llama. (*se inclina, y parte por el fondo.*)

GAB. (*con ímpetu.*) Es la hora de la firma?

CAR. Todavia no... el notario no ha venido aun... Si me lo permite usted...

GAB. Vaya usted... Yo me retiro, y le pido disculpa... al mismo tiempo que le ofrezco mi parabien. En cuanto al retrato, haré por ocuparme de él lo mas pronto que me sea posible.

CAR. Se lo estimaré á usted mucho. Hasta mas ver. (*sale por la derecha.*)

ESCENA XI.

GABRIELA *sola.*

(*abandonándose á su dolor.*) Ah! Un momento de desahogo!... Un solo momento!.. Mi pecho está hirviente... mi cabeza se pierde!.. Qué horroroso martirio!.. Encontrarme enfrente de la que me roba el amante, de la que me arrebata todo el bien, toda la felicidad de la vida... Ah! valiera mas morir!.. Dentro de poco se firmará el contrato; dentro de poco, el cielo se abrirá para esa muger, y para mi el abismo de la desesperacion. No habia conocido todavia cuánto veneno podia ofrecer un hombre con una traicion... pero ahora... ahora lo siento... (*poniéndose una mano sobre el corazon.*) Aqui dentro está encerrada toda la angustia que puede reunirse en el corazon de una pobre muger!... (*acometida de repente de una idea.*) Y mi cuadro? Y mi premio? Y mi gloria? Todo lo he olvidado! Hasta el triunfo del arte carece de encantos para mi!.. El artista muere sin el amor!.. Ah, Dios mio! esto es demasiado sufrir!.. No tengo fuerzas bastantes.... no puedo resistir á tanto dolor!! (*se deja caer en una silla junto á una mesa, en la cual apoya la frente. Pausa de un momento.*)

ESCENA XII.

GABRIELA, EDUARDO, *por la izquierda.*

EDU. (*vestido con la mayor elegancia; habla hácia la puerta por donde sale.*) Tio, al momento vuelvo: necesito decir dos palabras á Carolina.

GAB. (*al oir la voz de Eduardo, se levanta, pero permanece inmóvil en su sitio.*) Ah!

EDU. (*se adelanta, ve á Gabriela, y sorprendido dice.*) Qué veo!.. Gabriela!..

GAB. (*con nobleza, en voz baja, y sin mirarlo.*) Su Carolina de usted está ahi. Si necesita usted hablarla, lo hará un poco despues. Ahora tenga usted la bondad de hablar dos minutos conmigo.

EDU. Gabriela... tú... usted aqui!

GAB. (*siempre sin mirarlo.*) Ah!.. la presencia de la artista engañada en el palacio de la rica prometida, le conturba á usted y le agita? Mis vestidos lúgubres, se avienen mal con el blanco traje de la jóven que firma un contrato!.. No importa; usted tendrá la dignacion de soportar mi vista... y de escucharme!

EDU. (*sumamente confuso.*) Ruego á usted... Me esperan. (*yéndose.*)

GAB. (*con fuerza, mirándole imperiosamente.*) Permanezca usted aqui!..

EDU. (*mas confuso.*) Gabriela!.. (*se retira.*)

GAB. (*asiéndolo de un brazo, é imponiéndole que se quede.*) Le digo á usted que se quede!..

EDU. (*se para, y permanece con la cabeza inclinada.*) Ah! (*breve pausa.*)

GAB. He esperado á usted por seis meses, y cuando volvió era usted reo de un delito... (*Eduardo quiere hablar.*) Si, de un delito!.. no lo niegue! Lo sé todo!

Otro cariño se ha apoderado del corazon de usted, y le ha hecho olvidar á la que no vivia, á la que no vive mas que por usted.

EDU. Si supiese usted, Gabriela!..

GAB. (*interrumpiéndole imperiosamente.*) Silencio! Ni una disculpa! Me ha inmolado usted bárbaramente á un montou de oro; ha pospuesto usted mi corazon al dinero... Esta es la infamia de que se ha cubierto. Y cuaudo sintió usted dentro de sí el grito del remordimiento, cuando vió usted mi rostro empalidecido por la prolongada espera, cuando mi voz desesperada se alzó para recordarle un amor fallido, una promesa no obtenida, mil esperanzas destruidas, entonces recordó usted que se habia hecho un rico señor, y me dijo:— Tú me has dado todo tu corazon, y yo te daré... oro! Asi nuestras partidas quedarán saldadas! Don por don; tráfico por tráfico!.. (*con fuerza.*) Pero no, no, no, rico indigno! Yo no quiero pago; yo no te he vendido mi afecto; yo no he amado el oro vilísimo que me ofreciste, el oro vilísimo que al par tuyo, lo desprecio y lo maldigo!

EDU. (*sumamente agitado.*) Gabriela!.. Gabriela, escúchame por piedad. Tú no sabes las imperiosas circunstancias que ordenaron á mi juicio y á mi corazou...

GAB. Circunstancias?.. La ambicion, el deseo de brillar en el mundo; he aqui el ídolo al que ha sacrificado usted el alma de una pobre muger!.. Y no bastaba sacrificarla; era preciso tambien humillarla y escarnecerla en la joya mas preciosa de su vida; era necesario tomar aquel retrato que ella trabajó con tanto estudio, y con tanta felicidad, que le habia regalado á usted como recuerdo sagrado de su cariño, y darlo á otra muger diciéndole: «Toma: lo he hecho pintar para tí por uno de los mas hábiles artistas de Milan: acéptalo como una prenda de mi afecto y de mi fé.» (*con desden.*) Ah! vé aquí como debia ser escarnecida la pobre artista! Pero aquel retrato regalado á la esposa, que lo quiere tanto, que no lo daria por una enorme suma, aquel retrato está entre las manos de su autora! (*corre á la mesa; coge el retrato que dejó al entrar, lo descubre, y lo enseña á Eduardo que se queda aterrado. Toda esta escena debe seguir con la mayor rapidez y energia.*) Véalo usted! Véalo usted!.. Ahora no lo recobrarás; puedo hacer de él lo que me plazca, y yo... yo lo hago pedazos, lo destruyo, lo huello bajo mis pies!.. (*hace pedazos el cuadro, y lo echa al suelo furiosamente.*)

EDU. (*desolado.*) Ah!.. Qué has hecho?

GAB. (*con nobleza.*) He devuelto á usted cuanto era mio; devuélvame usted lo que me pertenece!

EDU. Qué mas tengo de usted?

GAB. Mi honor; mercancia que ustedes los ricos pagan con oro, pero que el pobre aprecia y se averguenza de venderla.

EDU. Estoy pronto á todo.

GAB. A todo? Oígame usted pues. Cuando su suerte no estaba aun fasciuada por el sueño de una torpe ambicion, me ofreció usted ser mi esposo; no basta; lo prometió á Leonardo, á quien yo estimo como á padre; lo dijo usted á muchas personas conocidas de los dos, tanto, que nuestra union era al presente una cosa segura. Si no le importa á usted ser considerado como un miserable que falta á su palabra, me importa á mi el no ser señalada con el dedo, y befada de todo el mundo. Usted no me ama ya? Bien! Pero no debe unirse á otra muger.

EDU. Soy culpable, es verdad, pero hay momentos en que el hombre no es dueño de sí mismo, y ahora no me es posible retirar la palabra empeñada.

GAB. No puede usted? (*severamente.*) No lo ha hech usted conmigo?

EDU. El caso es diverso.

GAB. (*rápidamente.*) Yo tambien tengo un corazon, se ñor Eduardo.

EDU. (*agitadisimo.*) El momento es demasiado deci sivo...

GAB. Por esto no debe usted dilatarlo.

EDU. (*suplicante.*) Ah! pídame usted otra cosa, se l ruego!..

GAB. (*solemnemente.*) Solo pido á usted esto. M honra!..

EDU. Gabriela!..

GAB. Mi honra! Mi honra!!

EDU. Cuando oiga usted la relacion de lo acaecido...

GAB. No oigo nada, nada! Es preciso que retire usted s palabra; es preciso que arranque usted de las sien de Carolina la corona de esposa que usted mismo colocó... (*alzando la voz.*) Lo quiero! Lo exige n houra! Debe usted hacerlo!!

EDU. (*en la mayor agitacion.*) Bajo por caridad!

GAB. Hágalo usted, Eduardo; hágalo usted si no quie que lo pierda!.. Retire usted su palabra!

EDU. Bien... cálmese usted... procuraré hacerlo... Ah ra, Gabriela, déjeme usted... alguno podria desc brirla...

GAB. Y tiene usted miedo? (*insistiendo en alzar la voz* Debe usted hacerlo al momento!..

EDU. (*interrumpiéndola, y tratando de calmarla.*) Si. si... pero parta usted... La prometo retirar al mome to mi palabra...

ESCENA XIII.

Dichos, PEDRO *por el fondo.*

PED. Señor don Eduardo, ha venido el notario, y toc esperan á usia para firmar el contrato.

EDU. (*á Pedro.*) Voy.... voy.... (*Pedro sale por fondo.*)

ESCENA XIV.

GABRIELA, EDUARDO.

GAB. (*con un grito desesperado.*) Ah!.. Voy, le ha dic usted?

EDU. (*con estrema agitacion.*) Gabriela... Gabriela... lo ves... debo dejarte...

GAB. (*desesperada, llorosa, y con voz entrecortada p los sollozos.*) No... no... quédate... quédate aqu Quieres arrebatarme toda esperanza! Eduardo! Edu do!.. Te he insultado, he ultrajado tu retrato, pero a ra tiemblo delante de ti, ahora te muestro toda la h mildad de la infeliz que ruega! Por caridad, por amor de tu padre, por lo que mas quieras en e mundo, no firmes ese contrato... (*Eduardo dá paso para salir. Gabriela lo detiene abrazándol rodeándolo con sus brazos.*) Detente! Oyeme!.. Mí me! Vuelve los ojos á una pobre artista, á quien p metiste tu amor, á una artista á quien el mu aplaude, pero que por tí cae en el polvo y te pid compasion... y piedad!.. (*cae á los pies de Eduard*)

EDU. (*con desesperacion.*) Es en vano! Es en vano!.. o puedo complacerte!

GAB. (*como herida.*) No puedes? No puedes? (*se c furiosa, y lo ase de un brazo gritándole con toda la f za de la desesperacion.*) Quieres perderme? P bien!.. Maldito seas!.. (*lo deja.*) Yo tambien te p deré.

EDU. Qué dices? Qué es lo que esperas?

GAB. No te casarás con ella... no! Lo juro á Dios! No te casarás! (*recorre la escena gritando hácia las varias puertas que hay.*) Acudan todos!.. A todos llamo!.. (*tira del cordon de una campanilla que hay en la pared del fondo.*) Venid! venid!.. En dónde están las gentes de esta casa?

EDU. (*tratando de hacerla callar.*) Detente!.. Oyeme!..

GAB. Ya no es tiempo! (*toca y grita con mas fuerza.*) Nadie acude á mi voz!.. (*mira hácia una de las puertas de la izquierda, y dice con la mayor alegria.*) Ah! aqui tienes á tu familia... Mira tu prometida coronada de rosas! (*con aire de triunfo, mofándose de él.*) Corre, corre ahora á firmar el contrato... el notario te espera!

ESCENA XV.

Dichos, DON GERONIMO, CAROLINA, *convidados, criados; todos por la izquierda y por el fondo.*

GER. Qué voces son estas?

CAR. (*sorprendida.*) Eduardo!

GAB. (*adelantándose con desenfado.*) Señores, oíganme todos! (*á Carolina y á don Gerónimo.*) No pueden ustedes firmar ese contrato de boda.

GER. Quién se opone?

GAB. Una muger á quien el caballero Eduardo ha hecho una sagrada y anterior promesa, y esa muger, soy yo!

CAR. (*con la mayor sorpresa.*) Cielos!

GER. Es posible!

EDU. (*confuso.*) Carolina... oígame usted...

GAB. No le oiga usted, que la engañará: ha jurado ser mio; se lo aseguro á usted en nombre del cielo! Y para acallar mi cólera, para calmar mi desesperacion esta mañana me ofrecia oro; pero yo lo he despreciado, no he querido aceptarlo!..

GER. Oro!

CAR. (*desolada.*) Desgraciada de mi!

EDU. Carolina... No es cierto, soy inocente!

ESCENA XVI.

Dichos, LEONARDO *y* DANIEL *por el fondo.*

LEO. (*aparece apoyado en el brazo de Daniel, y habrá oido las últimas palabras de Gabriela y Eduardo. En este momento se adelanta furioso.*) Eres un traidor!.. Y Dios me es testigo de ello!..

EDU. Leonardo!

GER. Caballero!

GAB. (*lanzándose en los brazos de Leonardo y Daniel.*) Hermanos mios!

LEO. Gabriela! Y ese hombre se atreve á desmentirte? Miserable!

EDU. Leonardo... en este momento no respondo á esas injurias... Señor don Gerónimo, nos esperan para firmar el contrato... Vamos! (*rápidamente.*)

GAB. (*desolada.*) Madre del Redentor!..

EDU. (*á Leonardo, con ira.*) Señor Leonardo, salga usted al momento!..

LEO. (*temblando de rabia.*) Echado!.. Echado por él!.. Qué humillacion!.. (*abrazado á Gabriela y á Daniel, da un paso hácia la puerta del fondo.*)

GER. (*con fuerza.*) No se mueva usted, señor Leonardo! Yo no le echo á usted de mi casa! (*á Eduardo con ira.*) Y usted...

EDU. (*mas confuso.*) Yo soy inocente...

LEO. Es un vil que ha prometido casarse con Gabriela, y la ha engañado; un vil que la ha pospuesto, que la ha inmolado al dinero! (*volviéndose hácia Eduardo.*) Si, te insulto, maldigo tu nombre... eres un infame! Eres el último de los hombres despreciables!..

EDU. (*con fuerza.*) Esto es demasiado! (*á don Gerónimo.*) Caballero, usted me conoce...

GER. (*cómicamente, interrumpiéndole.*) Yo conozco á usted por lo que es... Ahora Carolina...

CAR. Carolina no será nunca la esposa de un perjuro. (*á Eduardo.*) No; no es usted digno de mi mano. Yo misma me arranco la corona de desposada; unida á un pérfido, esta guirnalda me traspasaria las sienes! (*se arranca la corona, y la tira con ímpetu.*)

GER. (*abrazando á Carolina con entusiasmo.*) Ah! eres hija mia! (*á don Eduardo, imperiosamente.*) Señor mio, salga usted para siempre de mi casa!..

EDU. Partir... yo?..

LEO. (*con aire de triunfo.*) A cada uno su vez, señor Eduardo! Ahora le toca á usted salir... Fuera, fuera al momento!

GER. Salga usted le he dicho!

EDU. (*en el mayor abatimiento.*) Ah! qué es lo que he hecho? (*sale por el fondo.*)

GAB. (*con espresion.*) Leonardo!.. Ha partido!

LEO. (*abrazando á Gabriela.*) Aqui... aqui .. sobre mi corazon!.. Entre estos brazos, hermana mia, nunca podrá herirte la infamia!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Estudio de pintor como en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

GABRIELA, *que dormita sentada en la poltrona.* LEONARDO *sentado á su lado.*

LEO. (*llamándola á media voz.*) Gabriela?.. Se ha dormido! Pobre niña! En toda la noche ha cerrado los ojos: la he oido hablar de sí misma, gemir, encolerizarse. El golpe sufrido fué terrible. Pero el infame no debe gozarse en él.

GAB. (*soñando.*) Eduardo... Eduardo...

LEO. Su nombre está siempre en sus lábios.

GAB. (*id.*) Abajo esa corona de desposada... yo... yo soy la prometida.

LEO. Infeliz!

GAB. (*despertándose.*) Ah! En dónde estoy?

LEO. Con Leonardo, con tu hermano, que no se aparta de tí.

GAB. Leonardo? Tú?.. Estaba tan inquieta, tan agitada, que me quedé un momento trasvelada... Oh! Qué sueños mas horribles he tenido! Necesariamente tengo fiebre!..

LEO. Fiebre? Gabriela, no me aflijas hablando de esa manera! Fiebre! Es preciso que te alces, que te distraigas... considera, hermana mia, que de otro modo... de otro modo... me desgarra el corazon decírtelo... pero si no lo haces, te pierdo para siempre!

GAB. Oh! mejor para mi!

LEO. Para tí? Y tu Leonardo, que te ama tanto, que moriria con gusto por devolverte la alegria de tus diez y ocho años? Qué haria yo solo en el mundo... pobre y ciego? Morir tú! Ahora que la gloria te corona, que una Academia te dá premios, y te festeja, y te aclama? Hoy mismo, necesitarás tal vez presentarte en aquel templo del arte, y en presencia de toda Roma recibirás el premio obtenido... y hablas de morir?

GAB. Un premio?.. Felicitaciones? Ah! Todo lo daria por el corazon de Eduardo!

LEO. Qué dices?

GAB. Ah! hermano mio! La gloria es muda cuando se

pierde el amor! Sé que Eduardo es un perjuro, y anoche cuando estaba para firmar el contrato nupcial no vacilé al lanzarle al rostro esta palabra; pero despues de haberlo visto arrojado de su casa, cubierto de vergüenza y de envilecimiento... ah! entonces... entonces sentí dolor y casi remordimiento!

LEO. Es posible!

GAB. Una muger, una artista ama asi!

LEO. Pero él es un vil, á quien debes olvidar.

GAB. Podré nunca?

LEO. Es necesario. Hay ofensas que exigen ser vengadas, que solo con sangre pueden lavarse... Pero yo soy ciego, hermana mia, y no puedo vengarte.

GAB. Ah! (*oculta el rostro entre las manos, llorando.*)

LEO. Estás llorando, Gabriela? No pienses en él ahora, piensa en tí, en tus triunfos! Sabes que anoche vendí tu cuadro de Julieta y Romeo?

GAB. Me lo ha dicho Daniel.

LEO. Un inglés se enamoró de él; le pedí diez mil francos, él aceptó, y hoy debe enviar el dinero. Diez mil francos tu primer obra! Con esta suma atenderemos á nuestras necesidades, ya harto urgentes. Cálmate, pues, Gabriela mia. No es para tí un alivio hacer que desaparezca de pronto nuestra miseria?

GAB. Lo es, hermano mio, pero en adelante podré yo trabajar? No sabes que fuí artista por Eduardo, por él solo? Que de él recibí inspiraciones y gloria? Oh! lo preveo!... Tornaremos á la miseria, porque mi pincel estará inerte... inerte para siempre.

LEO. Serénate... Alguien se acerca.

ESCENA II.

Dichos, DANIEL *por el fondo.*

DAN. (*entra corriendo.*) Leonardo... hermana mia... Ah! Me alegro de que esteis juntos... porque tengo algo que deciros.

LEO. A nosotros?

DAN. Por ahora no es nada malo... Mil noticias gordas... noticias sorprendentes. . noticias inauditas!

LEO. Habla de una vez.

GAB. Qué es lo que sabes?

DAN. No sé una palabra... esto es... entendámonos... Sé y no sé, pero dejadme respirar un momento! He corrido tanto!.. Parece que he nacido para correr!.. Pues señor, en primer lugar, Gabriela mia, tu cuadro ha sido premiado y mete un alboroto... vaya un ruido!.. Pero no creas, esto no es todo! Ha venido un loro ó papagayo, ó que sé yo que inglés, el comprador del cuadro, y me ha dicho: (*imitando el acento inglés.*) Sir Daniele, aqui tener diechi mile francos para Miss Gabrielli! 50 ddam! Contento del negozio, salutes muchas á Miss brava y bella! Me ha apretado la mano, y me ha dado este bolsillo en donde están los diez mil francos en oro y en billetes. (*enseña un bolsillo que dá á Gabriela.*) Diez mil francos! Ca! si tu cuadro es cosa de descuajarse! Y en verdad que este dinero ha venido á tiempo, porque ya habiamos llegado á la última palabra del Credo.

GAB. Concluye con tus observaciones y refiere...

DAN. Pues verás: has de saber que hace poco, despues de haber tomado los dineros del inglés, he encontrado al señor don Gerónimo que corria como alma que lleva el diablo; apenas me vió, empezó á gritar: «Eh, jovencito, mocito, caballerito, Daniel, qué diablo, parate! Dí al señor Leonardo que he hecho un descubrimiento terrible!— De veras? Qué cosa, señor D. Gerónimo? — Dí á tu hermano que he prometido protegerlo, y juro á brios! — Pero el descubrimiento?... — Díle que los bribones son mis enemigos capitales, y que si pudiera á todos... — Pero el descubrimiento?... — Ya sabes que es un viejo tan machacon...

LEO. Continua.

GAB. Qué dijo...

DAN. Ca! Si no es posible atar un cuarto de cominos en cuanto habló... Meneaba los brazos, abria los ojos, murmuró no sé qué de traicion, de vuestra desgracia, del enemigo de vuestro padre, de lo que ha sabido, de tí, de Leonardo, de mí, de él. Finalmente, con una voz que metia miedo, esclamó: «Estremézcase quien es la causa de todo!.. Y despues apretándome el brazo fuertemente, como que todavia me duele! añadió: — Saluda por mí á tu familia, y ay! de tí si dices á nadie todo lo que sabes!» — Figuraos si podré decirlo. Habeis comprendido algo? Pues lo mismo me ha sucedido á mí.

LEO. Qué idea! Ayer de mañana oyó de mis lábios la narracion de nuestras desgracias, y la escuchó con el mayor interés, diciéndome que en la primera ocasion nos daria una prueba de su amistad...

GAB. Habrá sabido algo del autor de tantos infortunios?

LEO. Seria demasiada felicidad!.. Lejos de mí tan dulce esperanza! El señor don Gerónimo hablaba ciertamente de Eduardo, y yo tambien deseo aclarar... Corre, corre, Daniel, en busca de don Gerónimo, y díle que necesito hablarle...

DAN. Allá voy!..

LEO. Añádele, que si le es posible adquirir noticias ciertas del que engañó á mi padre, seria inmensa mi alegria, porque yo poseo y guardo celosamente la prueba del delito...

DAN. Tal vez... en tu escritorio?

LEO. Si, sí.

DAN. (*saltando de alegria.*) Bien lo dije yo! Ya lo oyes Gabriela! Lo sé todo! Alli dentro están las pruebas!. Bendito seas, escritorio de mi vida! Te quiero como si fueras mi hermano de leche!.. Parto como un rayo... (*corre al fondo y vuelve.*) Oye una palabra...

LEO. Qué diablos?..

DAN. El señorito don Eduardo se casa contigo ó no se casa?

LEO. No, nunca!

DAN. Pues no señor, que debe casarse! Me han dicho que fué avergonzado y envilecido... me alegro! Cuerpo de Lucifer! Y si no cumple su promesa, veré al juez, lloraré, suplicaré, y si despues de todo esto se me hace el sordo, cojeré á los jueces por las orejas y cada puñada...

GAB. Daniel...

DAN. No hay tu tia! Y si se descubriese al que engañó á vuestro padre, y Eduardo rehusase darte la mano. Caramba que hermoso espectáculo! No les quedaria cara para persignarse!..

GAB. Calla!

DAN. Quiero decirlo á todo el mundo!

GAB. Vete!

DAN. Si callo, rebiento! Voy á confiarlo todo al boticario nuestro vecino, que es la trompeta del barrio, despues en un salto á la Academia, y lo repito á mis compañeros... Todos deben saber que si fuimos vendidos, seremos vengados; que podemos enviar á uno á presidio, y al otro al infierno; que tenemos las pruebas... Nada, no callo! no callo! Abur! Al boticario á la Academia, y de la Academia!.. Qué felicidad! Qué felicidad! (*sale corriendo por el fondo.*)

ESCENA III.

GABRIELA, LEONARDO.

LEO. Es imposible refrenar su genio, y despues... nos quiere tanto!.. Gabriela, me retiro por un momento á mi cuarto. Cálmate, hermana mia.

GAB. Ah! Leonardo!..

LEO. Si viene don Gerónimo, avísame al momento... Adios, y olvídalo... es preciso!.. (*entra á la derecha.*)

ESCENA IV.

GABRIELA, *sola.*

(*pausa.*) Olvidarlo!.. Es posible olvidar al que se ha amado tanto, al que fué el latido, la esperanza, la alegria de nuestra vida? Pero Eduardo fué muy cruel conmigo; no se avergonzó de posponer mi cariño á la sed de oro y de ambicion. Sí, mi hermano tiene razon: es preciso olvidarlo: sofocaré en el alma este amor fatal, aunque deba matarme; lo sofocaré! Ah! Dios mio!.. Cuanto sufro!.. (*queda sollozando con el rostro entre las manos.*)

ESCENA V.

GABRIELA, EDUARDO *por el fondo.*

EDU. (*vestido con la mayor sencillez: pálido, con el rostro y los cabellos en desórden.*) Gabriela! (*con voz temblorosa, y no atreviéndose á adelantar.*)

GAB. (*estremeciéndose.*) Ah! usted... aqui?

EDU. Oyeme!..

GAB. (*alejándose.*) No!.. jamás!

EDU. Te ruego...

GAB. Es inútil...

EDU. (*con fuerza.*) Por su hermano de usted. Por la memoria de su padre!..

GAB. (*se detiene.*) Ah! (*sin mirarlo.*) Usted en esta casa?

EDU. Pongo en ella los piés temblando, como en el templo de la justicia; por piedad, no me arroje usted de él!

GAB. A qué viene usted? Cuáles son sus proyectos?

EDU. Gabriela, lejos de usted, la sierpe de la ambicion me destrozó el alma, y sacrifiqué el corazon de la mas virtuosa, de la mas buena de las mugeres...

GAB. Ah! desgraciado! Te se ha caido la venda de los ojos!

EDU. Si! No soy digno de alzar los ojos delante de tí... y vengo... vengo, Gabriela, á pedirte perdon!

GAB. Perdon? Recuerda la agonía de mi alma cuando ayer, delante de otra muger, amada de tí... recuerda las espresiones que dirigiste á mi pobre hermano... Déjeme usted, caballero! Nada hay ya, nada de comun entre nosotros!! (*se encamina de nuevo hácia la derecha.*)

EDU. Ah! Una última palabra!.. Que yo no muera maldecido por tí!

GAB. (*aterrada por esta frase se detiene.*) Morir, tú?..

EDU. Lo acaecido ayer me hizo conocer el abismo en que estaba para sepultarme... Tuve horror de mí mismo! Oprimido por mi envilecimiento, lacerado por la conciencia, sentí la necesidad de demandarte perdon. Pero si tú no puedes acordármelo, si debes aborrecerme... te dejo! Adios, Gabriela, no nos veremos mas!.. (*va á partir.*)

GAB. A dónde vas?

EDU. A donde me arrastra mi destino!

GAB. Deténte! Oyeme!.. Tú quieres morir.

EDU. Sí, porque soy indigno de perdon! Indigno de aspirar á tu cariño!!

GAB. (*exaltada de un pensamiento se aleja de él y viene al proscenio.*) Ah! no!.. No puedo creerlo!..

EDU. Por qué razon?

GAB. Es la rabia por haber perdido una esposa rica la que te arrastra y empalidece tu rostro!.. Ah! lo leo en tu propio corazon!

EDU. Qué? Aun en este momento te parezco culpable! No! no! La venda ha caido, y si el arrepentimiento purifica, héme aqui purificado!

GAB. Qué dices?

EDU. (*con mucha animacion.*) La ambicion no nació conmigo; fué un delirio... un fatal, pero breve delirio. Me conoces de mucho tiempo, y sabes que no te engaño! Podria ahora ser rico; la donacion que me ha hecho mi tio bastaria á hacerme grata la vida, pero la rehuso porque tú eres pobre, porque vuelvo á amar la pobreza que me ligaba á tí con una cadena de amor. Ah! creeme! Ya no soy ambicioso! Me he despojado para siempre el traje del lujo y del orgullo! Desprecio los vanos títulos que me fascinaron y perdieron! Mira! (*saca un papel.*) Este es el título que solicité, el título que me envileció; pero ahora que estoy delante de tí, ahora destruyo este título, y vuelvo á mi condicion primera! (*rompe el papel.*) Perdóname, ahora, Gabriela, perdóname... que yo no muera despreciado de tí! (*se arroja á sus pies.*)

GAB. (*que poco á poco se habrá enternecido.*) Ah! Quieres ser pobre como antes? Eres desgraciado?

EDU. Solo te tengo á tí... solo quiero tu perdon!

GAB. Pero Carolina...

EDU. Soy aquel que primero...

GAB. Basta! (*tendiéndole la mano.*) Eduardo!

EDU. (*cubriéndola de besos.*) Gabriela! (*pausa.*) Nunca he sentido tanta felicidad. Mas para dar al olvido una falta, no basta el arrepentimiento, se exije un castigo. Partó de Roma...

GAB. Quieres dejarme?

EDU. Debo hacerlo.

GAB. A dónde vas?

EDU. A América; Leonardo está conmigo irritado. Un dia, volviéndome á ver desgraciado, pero fuerte con mi justa desgracia, tal vez me concederá...

GAB. Su perdon? Yo se lo demandaré hoy, en este momento. No sabes que quien mucho ama, facilmente perdona? Espérame en esta estancia... El está allí, en su cuarto... cuento ya con su perdon... Tranquilízate... no dudes... ten confianza... Oh! no sé lo que me digo... La alegria me confunde... me arrebata... Adios... Adios... muy pronto nos volveremos á ver. (*parte por la derecha.*)

ESCENA VI.

EDUARDO *solo.*

Angelical criatura! Y he podido engañarla? Mi falta será un eterno remordimiento; pero ella me ha perdonado, y esta certeza me hará afrontar impertérrito la cólera de mi tio! Sé que él me busca por todas partes, que lo acaecido le ha hecho prorumpir en maldiciones contra mí... pero qué importa su furor? No me ama Gabriela? (*se vuelve y vé á Arnoldo.*) Ah!

ESCENA VII.

ARNOLDO *por el fondo,* EDUARDO.

ARN. (*envuelto en una capa, viene agitado y furioso.*) Te encuentro al fin.

EDU. Usted aqui?

ARN. A todos he preguntado por tí, pero inútilmente. Creí que estarias en esta casa, y para hablarte he puesto los piés en ella. Salgamos! Necesito hablarte!

EDU. Un sagrado deber me obliga á no separarme de aqui.

ARN. Un sagrado deber!

EDU. He hecho traicion á una pobre muger; he insultado á un hombre de honor, y debo obtener el perdon de ambos. Habladme, pues, aqui.

ARN. Insensato! Osarás renunciar á anteriores proyectos? Tendrás corazon para retroceder cuando te encuentras en la mitad del camino?

EDU. No! no! Un sueño de ambicion me habia fascinado, pero estoy arrepentido. Juro al cielo que no volveré á caer en el abismo en que me habia sumergido?

ARN. Esas frases...

EDU. Parten del corazon...

ESCENA VIII.

Dichos, GABRIELA *por la derecha.*

GAB. (*al ver á Eduardo y Arnoldo se detiene escuchando.*)

ARN. Y osarás pronunciarlas delante de mí, despues de lo que he hecho? No sabes que habia fundado mil esperanzas en tu matrimonio; que solo por verle cumplido, te he acogido en mi casa y te he dado á manos llenas torrentes de oro? Debes seguirme, postrarte á los pies de Carolina y de su padre, é impetrar su perdon. Has de hacerlo, lo entiendes? Es necesario que esta boda se efectue.

GAB. (*lanzando un grito.*) Ah! (*se adelanta.*)

EDU. Gabriela!

ARN. (*alterado, dice rápidamente á Eduardo.*) Salgamos de aqui!

GAB. (*corre al lado de Eduardo.*) No, Eduardo, tú no querrás abandonarme?

EDU. No, Gabriela! Mi arrepentimiento es sincero: siempre estaré á tu lado!

ARN. Tiembla de mi cólera!!

EDU. Tio...

ARN. Sígueme ó te pierdo!..

EDU. Vos?

ARN. Puedo hacerlo! Fuiste irreflexible y confiado, pero yo no: yo he dudado de todo y de todos. Mientras te daba mi oro, te hacia firmar, para mi seguridad, letras de cambio, que poseo y que no podrás pagar.

EDU. (*aterrado.*) Ah! es cierto!

GAB. Dios mio!

ARN. Y si no consientes, si no se verifica el matrimonio por el cual he prodigado tanto oro, aquellas letras de cambio te encerrarán... en una prision infamante..

EDU. Una prision!

GAB. Con que es solo el deseo del oro el que hace á usted cruel hasta tal estremo? Bien, si el dinero únicamente puede calmar tanta codicia, tome usted para tranquilizarla! (*toma el bolsillo que trajo Daniel.*) Son diez mil francos fruto de mis fatigas: déjame, Eduardo!.. Aliméntese usted con ese oro... yo se lo doy! (*le echa á los piés con desprecio la bolsa.*)

ARN. A mí? No lo acepto! Eduardo, no será de usted!— Sígueme! Y tú, miserable artista, tiembla!

ESCENA IX.

Dichos, LEONARDO *por la derecha.*

LEO. (*vá á adelantarse, pero conmovido al oir la voz de Arnoldo, se detiene y escucha con creciente ajitacion y atencion.*)

GAB. Ah! usted me insulta.

ARN. (*en el colmo de la ira.*) Si, te insulto! Solamente el deseo de casarte con mi sobrino, te anima en este momento; quieres comprar una pomposa fortuna, y tal vez cubrir alguna denigrante...

EDU. (*con fuerza.*) Basta! Respete usted á esa joven, respete usted á mi muger!

ARN. Respetarla?..

LEO. (*que poco á poco se habrá animado, en este momento no puede refrenarse y prorumpe.*) Ah! esa voz!.. esa voz!..

GAB. Hermano!

EDU. Leonardo!

LEO. No... no... el otro... por caridad... quién?. quién... ha hablado?..

EDU. (*á Leonardo.*) Mi tio...

ARN. (*á Eduardo, rápidamente.*) Silencio!

LEO. Su nombre!.. Su nombre por piedad!

EDU. Su nombre...

ARN. (*id.*) Ni una palabra y todo lo olvido!

LEO. Ah!.. Si... si... es él! él! Se llama... Arnoldo

EDU. Arnoldo de Bari.

LEO. (*lanzando un horrendo grito de estensa alegria.* Ah! Dios mio! Dios mio!.. El asesino de mi padre! (*dice esto vacilante y sostenido por Gabriela y Eduardo, que manifiestan grande asombro. Corta pausa Prosigue vuelto hácia Arnoldo.*) Y osabas todavia insultar á mi hermana?.. Infame! Ah! despues de tantos años nos encontramos! Despues de tantos años he aqui cumplido el deseo de mi alma! Ahora estas delante de mí, trémulo y confundido, y no me es dado gozar y devorar la palidez de tu rostro cobarde? Dios mio, que pueda ver un momento á ese hombre!.. Dame un rayo, un rayo solo de tu luz... Oh! Dios mio (*cae arrodillado con las manos en actitud suplicante.*

EDU. Leonardo?

GAB Hermano mio! (*alzándolo.*)

LEO. La estrema alegria me oprime. Pero haced que hable otra vez ese hombre!.. Habla, habla, vil y miserable! Al fin estás desenmascarado; y yo, aunque ciego, oprimido y enfermo, puedo hacerte temblar!

ARN. Señor Leonardo, basta de insultos.

LEO. (*con exaltacion.*) Ah!.. ese... ese es el sonido de su voz... No lo he olvidado nunca! Ahora vas á devolverme el oro robado...

ARN. Robado!..

LEO. Si, robado, robado, robado; porque eres un ladron, aunque lleves el traje de caballero, como tantos otros: vas á devolverme el oro robado á mi padre, y á apropiarte la infamia con que lo cubriste. Inútilmente rogarás, llorarás, te arrastrarás á mis piés... No te valdrá el ser rico y noble... el artista, el pobre hijo del pueblo te pondrá el pié sobre el cuello: dolor por dolor, lágrimas por lágrimas, vida por vida! Ah! bravo, bravisimo, magnífico, Arnoldo de Bari!.. Contémplate ya con una cadena, ilustre caballero!.. Ja! ja! ja!.. Riete, hermana, riete Eduardo!.. Un noble, un rico en presidio... Ja! ja! Será un espectáculo nuevo, pero será por lo mismo un espectáculo soberbio!..

GAB. Hermano, piedad de tí mismo!

ARN. (*confuso.*) Caballero, no soporto por mas tiempo tales injurias.. No conozco á usted... Usted se engaña... Usted miente.

LEO. (*lanzándose á él.*) Que yo miento! (*quiere abofetearle, pero le detienen Eduardo y Gabriela.*) Si, teneis razon... me mancharia las manos!.. (*con calma irónica.*) Conque miento, dices? No sabes, ó no recuerdas, que se pueden escribir cartas al cómplice de

un crímen, á un cierto Teodoro, y que en aquellas cartas se puede confesar una trama?

ARN. (*espantado.*) Qué es lo que dice?

LEO. No sabes que aquellas cartas estan en mi poder?

ARN. No! no!.. Teodoro ha muerto!

LEO. Pero antes de morir me los entregó.

ARN. (*con desesperacion.*) Infame!

LEO. Tú eres el infame! tú, Arnoldo de Bari!

ARN. Pero repito, que no comprendo. No sé de quién se habla... Yo me ausento. (*vá hácia el fondo.*)

LEO. Detente!

ESCENA X.

Dichos, DANIEL, *por el fondo.*

DAN. (*corriendo agitadisimo.*) Hermana! Leonardo! Nuestro protector, el señor don Gerónimo, ha conocido al que engañó á vuestro padre; es Arnoldo de Bari, el tio de Eduardo!

ARN. (*ap.*) Ah!

LEO. Acaba!

DAN. Le ha hecho secuestrar el pasaporte, y lo ha acusado... Mirad aquellos soldados... el señor don Gerónimo ha espiado sus pasos, y sostiene que el ladron está aqui.

ARN. Maldicion! (*huye por el fondo.*)

GAB. Ha huido!.. escapa á la justicia!

LEO. Corre, Daniel...

DAN. Pero quién es?

LEO. Ese era Arnoldo... ese.

DAN. Y no lo he reconocido!.. Bárbaro! Bruto! (*dándose de mogicones.*)

GAB. No te detengas.

DAN. Corro súbito... (*corre al fondo.*)

ESCENA XI.

Dichos, DON GERÓNIMO *por el fondo.*

GER. Es inútil! Arnoldo está preso.

DAN. (*saltando de alegria y tirando por alto su sombrero.*) Me alegro! me alegro! me alegro!

LEO. Esplique usted...

GER. Yo mismo he hecho de espía, y no me averguenzo: ya saben ustedes mi profesion de fé: «Guerra eterna á los tunos!»

DAN. Pero con tantas evoluciones me olvidaba... Hermana mia, la Academia te espera para darte una medalla y una corona de laurel, en premio de tu cuadro!

GAB. Una corona!

LEO. A la Academia! A la Academia!

GAB. Síguenos, Eduardo: mi hermano te perdona.

LEO. Si, si, porque la hora de la justicia ha sonado!.. Ah!.. Bendigamos la bondad de Dios.

FIN.

MADRID, 1857.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.